

EL PONTIFICAL EN LOS REINOS DE LA PENÍNSULA Y LA LITURGIA

JOAQUÍN YARZA LUACES
Universitat Autònoma de Barcelona

RESUMEN

Estudio sobre el Pontifical en ámbito hispano durante los siglos medievales. Este libro litúrgico contiene los textos de las celebraciones privativas del obispo y se organiza a partir del siglo XIII. Los más importantes son el Pontifical Romano y el Pontifical de G. Durand. En el conjunto de manuscritos registrados predominan los italianos y los franceses, algunos de ellos conservados en bibliotecas hispanas. No se acostumbra a copiar e ilustrar en los reinos cristianos de la península Ibérica hasta principios del siglo XV. Destacan entre ellos el Pontifical de Girona y los de Alonso Carrillo, arzobispo de Toledo, y Luis de Acuña, obispo de Burgos.

PALABRAS CLAVE: Pontifical, hispano, edad media, manuscrito, liturgia.

ABSTRACT

Study on the Pontifical within the limits of medieval centuries. This liturgical book contains texts of the privative celebrations of the bishop and organizes in the 13th century. But the important ones are the Roman Pontifical and the G. Durand Pontifical. In the set of manuscripts of registered units predominate the French ones and the Italian ones, some of them preserved in Hispanic libraries. They do not accustom to copy and illustrate them in the kingdoms of the Iberian Peninsula till the beginning of the 15th century. The Pontifical of Girona and the Pontifical of Alonso Carrillo, archbishop of Toledo, and Luis de Acuña, bishop of Burgos, stand out among them.

KEY WORDS: Pontifical, Hispanic, Middle Ages, manuscript, liturgy.

Introducción

Es evidente la importancia capital que poseen los libros para el conveniente desarrollo de la liturgia. Si no se apoya en los textos no hay liturgia. Como es na-

tural no todos poseen la misma importancia y, sobre todo, no se hace de ellos el mismo uso. El Salterio, la Biblia, el Antifonario, entre otros, son imprescindibles, aunque de distinto carácter, y cualquier centro religioso (abadía, catedral, convento, etc.) debe poseerlos. No obstante, a nadie se esconde que no hay razones que exijan que deban ser manuscritos de lujo, por lo tanto, ornamentados, iluminados, ilustrados. Algunos se usan poco, pese a su importancia, debido a sus dimensiones y peso, como la Biblia. Lo cierto es que, sin un motivo que lo justifique de orden funcional y pese a las dificultades, la conciencia de su interés determina o facilita que determinados entre ellos se conciben como ejemplares ricos, como es el caso de biblias, salterios, misales o breviarios.

El Pontifical, sin duda, es importante, pero sin alcanzar jamás el interés que tienen los básicos. Ante todo porque la mayor parte de las iglesias forman parte de monasterios, conventos; otras son parroquias. Ninguna exige, ni aún permite, la existencia del Pontifical, dado que este contiene en especial las «ordinationes» prerrogativas de los obispos o los papas, lo que las descarta en relación a otros usos. Además, si se dispone de un Pontifical encargado por un obispo, su sucesor puede utilizarlo a su muerte, sin que se vea la necesidad de conseguir otro nuevo, dependiendo el encargo de la voluntad, el poder o la decisión del nuevo prelado.

Origen y desarrollo del Pontifical

Como ha visto Eric Palazzo, en los siglos iniciales del cristianismo la función episcopal es fundamental para la buena marcha de la Iglesia, situación que se prolonga hasta tiempos precarolingios, detectándose el inicio del giro con Pipino mantenido durante la etapa carolingia. Se potencia la importancia del monasterio y la parroquia. Se concibe la primera entidad como algo casi autónomo, no ya en lo espiritual, sino en lo material, con posesión de amplios territorios y rica cabaña de ganado, centro cultural dotado de biblioteca, etc. Los resultados son bien conocidos, aunque la mayor parte de los monasterios ha desaparecido casi por completo. Por razones tanto políticas, como económicas, a partir de la segunda mitad del siglo X, etapa otónida, se reconoce una «verdadera promoción del obispado». Para favorecer el proceso, los ritos protagonizados por los prelados se hacen con el paso del tiempo más numerosos, complejos, y se codifican. El resultado visible es el Pontifical, que reúne todos los textos que se deben usar en diversas «ordinationes». Se inicia el segundo gran período en el que los libros litúrgicos alcanzan mayor importancia. El proceso se prolonga hasta el Concilio de Trento y ocupa por tanto el extenso período de esta segunda edad medieval.

No se trata de valorar en exceso este libro, cuando asimismo el Misal o el Breviario son destacados. Naturalmente, es imposible olvidar que algo tan vinculado a los obispos sucede en la época del desarrollo de las ciudades, no sólo demográficamente, sino como focos de la vida religiosa, litúrgica y social a partir de fines del siglo X y en especial del siglo XIII. Además, el episcopado dispone de otros instrumentos, como el ordinario, los sínodos tan importantes y numerosos donde se debaten tanto temas generales de la Iglesia, como otros más limitados al ámbito de la diócesis. Añadamos, por fin, las visitas pastorales, pese a que los resultados no sean siempre los que se pretenden.

En otro orden de cosas, no es posible olvidar la creciente importancia del derecho canónico a partir del *Decretum Gratiani* del siglo XII y con todas las recopilaciones conocidas como *decretales* emitidas por los pontífices, que configuran un *corpus legislativo* impresionante, que, si bien emanan de la autoridad romana, no son ajenas a la episcopal.

De igual modo, en lo que afectan a la historia del arte, se crea y difunde una iconografía episcopal, del obispo oficiando determinados ritos. En todo esto, pese a lo dicho, en lo iconográfico, el Pontifical siempre es un libro secundario respecto a otros. También es necesario reconocer diversas etapas en período tan extenso. Por ejemplo, la reforma protagonizada por el papa Inocencio III a inicios del siglo XIII colabora a aumentar los poderes episcopales. De hecho este siglo conoce la fijación de dos textos, cuando hasta entonces el principal era el Pontifical Romano-Germánico. A partir de entonces nace, se consolida y se difunde el Pontifical Romano, posiblemente el más importante, pero es imposible olvidar el Pontifical de Durando, así llamado en la península Ibérica. En la primera mitad del siglo el mayor protagonismo lo posee el papa, mientras luego se va imponiendo como protagonista el obispo. En una primera etapa en el enfrentamiento de *Regnum* y *Sacerdotium* se ha considerado la superioridad del poder temporal sobre el sagrado, situación que ha ido sufriendo una modificación en la que el episcopado se ha ido imponiendo en los siglos finales. Esto incide en una iconografía en la que destaca la importancia del papa y del obispo, la imagen del segundo presente en numerosas ocasiones en las que oficia. Igualmente, es importante el ciclo dedicado a la coronación, siendo evidentes las diferencias de los ejemplos de libros de la coronación que no son encargados por el prelado, sino por el rey.

Asimismo poseen interés los gestos litúrgicos utilizados por los obispos en función. No obstante, la ilustración de los pontificales acostumbra a ser poco brillante, reiterativa y algo confusa, y difícil de definir cuando no se sabe qué asunto se trata. En los grandes ejemplares, al menos existe un folio entero dedicado a un tema, pero luego le siguen numerosas iniciales de pequeño tamaño, incluso podríamos decir que numerosísimas. En ejemplos muy concretos,

tenemos la impresión de que se pretende enriquecer el aparato ornamental con el objeto de embellecer el manuscrito. Sería el caso del Pontifical de Girona que comentamos más adelante, en el que el complemento de adorno vegetal diríamos que supera en calidad y vistosidad al de los asuntos referentes al Pontifical.

El Pontifical europeo en lo hispano

No siempre se conciben los grandes ejemplares ilustrados al mismo tiempo. La península Ibérica se incorpora tardíamente al proceso. El protagonismo es de Italia y Francia, y, en menor medida, el Imperio, tan importante al principio. Seguramente, los ejemplares producidos en los dos primeros países se difunden por Europa no sabemos desde cuando.

Los reinos cristianos hispanos en principio presentan un cierto retraso. Un breve repaso por las principales bibliotecas monásticas, catedralicias o públicas estatales o de las comunidades autónomas nos permite emitir algún juicio. Ante todo, hemos de reconocer que hasta la llegada del influjo francés hacia mediados del siglo XIII en Catalunya y Aragón, o la revolución del fenómeno Alfonso X en la Corona de Castilla, nada existe que permita una visión optimista. Recordemos en general que el libro ilustrado en Hispania está muy lejos del italiano o el francés, incluso del inglés hasta 1340 o el de los Países Bajos.

Los ejemplares reunidos son sesenta y tres. Prácticamente ninguno es del siglo XIII y los de la primera mitad del siglo XIV son extranjeros. Destacaría el Pontifical calificado de boloñés de la catedral de Tuy, datado a principios del siglo XIV. Se trata de un ejemplo notable e infrecuente y llama la atención el lugar en el que se conserva, habida cuenta de los pocos manuscritos iluminados que conserva. Personalmente he tratado de identificar al prelado que lo encargó. Juan Fernández de Sotomayor gobernó la sede entre 1286 y 1323, fechas que convienen al códice. Se suman otras circunstancias en apoyo. Es un prelado de vida inquieta, vinculada a la corte castellana, con cargos importantes desempeñados. Llegó a ser notario mayor de Andalucía y León, canciller de la reina, todo lo cual es signo de que fue experto en leyes. Mantuvo contactos con el reino de Portugal que culminaron con un acuerdo (1307) sobre el reparto de determinadas tierras que constituían con anterioridad un problema para ambas partes. Hizo testamento en 1323. Diversos ejemplares de su biblioteca no incluyen al Pontifical, lo que crea problemas sobre las posibilidades de la hipótesis, aunque no la invalidan.

Si de Italia nos trasladamos a Francia, encontramos en la catedral de Toledo una obra excepcional que se ha calificado de parisina de fines del siglo XIII

(ms. 56.19, cat. 216). Estamos en un siglo, el siglo XIII, en el que las relaciones entre la monarquía francesa y la castellana son excelentes y es entonces cuando llega a manos de los reyes la extraordinaria Biblia moralizada hoy en la catedral toledana. El manuscrito que comentamos es posterior, incluso a mi juicio podría retrasarse hasta 1300. En este caso no sorprende encontrarse ejemplar semejante en Toledo, ciudad importante, sede archiepiscopal aún más importante y estrechamente relacionada con la Corona y favorecida por ella. Sin embargo todo apunta a que no se depositó en la catedral hasta fechas muy avanzadas. Lo cierto es que se puede asegurar que estaba en Aviñón a principios del siglo XV y que por entonces la adquirió Alonso Carrillo, cardenal de San Eustaquio y arzobispo de Toledo, persona en principio muy vinculada a la princesa Isabel, luego Isabel la Católica, aficionado a los libros ricos, que encargará, pese a estar en posesión de semejante ejemplar, otro que citaremos brevemente.

Su texto es complejo e incluye una primera parte ajena al Pontifical. Del folio 1 al 11 incluye diversos añadidos. Son de notable interés los folios 12 a 52, que contienen las bendiciones episcopales de la misa con numerosas iniciales con figuración que incluyen historias de la vida de Jesús, vidas de santos, etc., en número superior a setenta. La parte más propia asimismo adorna sus iniciales con escenas correspondientes y su número es aún mayor.

No deseamos detenernos en todos los códices de lujo ilustrados conservados en bibliotecas hispanas. Recordamos lo dicho, que tanto el Pontifical de la catedral de Tuy como el de la catedral de Toledo son, respectivamente, italiano y francés, y están entre los más antiguos ilustrados que se conservan. En el caso del segundo hemos de pensar en Aviñón y con ello en fines del siglo XIV e inicios del siguiente.

La pequeña ciudad del sur de Francia, convertida en capital de la cristiandad, pasó a constituirse en un lugar importante de producción de manuscritos y orfebrería que trabajaba para el exterior. Es por ejemplo el caso del Pontifical encargado allí para su diócesis de Calahorra (Sevilla, Biblioteca Colombina, ms. Vitr. [BB 149-3, núm. 341]) por el obispo Juan de Villareces, canciller de la reina Juana de Navarra. Posee un doble folio con una *Maiestas* y una gran *Crucifixión* (f. 296^v-297) en los textos correspondientes a las bendiciones de la misa. No faltan además más de un centenar de iniciales con ilustraciones propias de las ceremoniales de las «ordines» correspondientes. Casi cien años más tarde llegó a manos del arzobispo de Sevilla, Alonso de Fonseca.

Con él se responde a una pregunta habitual: ¿era el Pontifical un códice de uso común o un manuscrito de prestigio? Aunque no se pueda dar una respuesta única y rotunda parece que lo normal es que se tratara de algo utilizado con cierta frecuencia. La presencia de notas al margen en algunos códices refuerza la veracidad de la respuesta afirmativa.

Acabamos esta corta lista de pontificales con otro de la escuela de Aviñón, muy posiblemente encargado por el arzobispo de Toledo Pedro de Luna (1404-1414). Contiene poco más de veinte iniciales con ilustraciones apropiadas al texto y de muy aceptable calidad.

Los grandes pontificales españoles

Ninguno de estos manuscritos era español, pero en esta etapa final se encuentran otros del mayor interés. La presencia de sus armas permite suponer que fue el obispo de la catedral de Girona Raimon de Castellar (1409-1415) quien encargó a un posible miniaturista gerundense la ilustración y ornamento de un notable Pontifical (Español, Planas) en el que las composiciones alusivas al texto parecen algo torpes y bastante simples, por lo general, pero se metamorfosean dotadas de un complemento vegetal de un falso naturalismo que envuelve la figuración. Por un momento, se diría que el artista recurre a repertorios de historia natural que copia con singular destreza y elegancia, aunque un examen atento no se ve recompensado con el hallazgo de un modelo. Por el contrario, quizás pone de manifiesto que no es necesario buscar dos iluminadores diferentes. En otro orden de cosas, son perfectamente visibles abundantes notas en los márgenes, que disminuyen a medida que avanzamos hasta desaparecer, indicio de que se hizo uso de él.

Está dividido en tres partes, todas ellas ilustradas con generosidad. La primera con unas treinta escenas, la segunda casi con cuarenta y la última, menos rica, con unas dieciocho. No sólo le conviene el nombre de rico por el número de ilustraciones, sino por el uso del oro, que alguno supondría fruto de la voluntad de un monarca si no supiéramos que, como es lógico, detrás se encuentra la personalidad de un obispo. Ha merecido un estudio pormenorizado relativamente reciente (Planas), aunque no se ha tratado una a una cada escena de las más de ochenta que contiene.

Se inicia con una *P* (f. 1) en cuyo interior se distingue una gran cabeza masculina de cabellos rubios vista de perfil. Es ahora cuando por vez primera se indican las tres partes de que consta el Pontifical, que en principio tenía 338 folios.

De nuevo una *P* es el soporte de la escena en la que un obispo, vestido con ropas sacerdotales, mitra y báculo, impone el crisma el Jueves Santo en la frente de dos niños que seguramente se confirman. Está auxiliado por dos acólitos, uno seguramente el lector. Un texto inicial dice: «Pars prima incipit. Et primo de crismandis in fronte pueris». Este anuncio se hace claro con la frase que inicia la *P*: «Pontifex pueros in fronte crismare volens paratus cum amictu santo...»

Ya en el folio IIII se lee en general: «Prefacio ad clericum faciendum». Luego, «Oremus». Es muy probable que se trate de la tonsura de los clérigos. El obispo da la impresión de que lleva en las manos unas tijeras que coloca sobre la cabeza de dos similares a los primeros. El obispo sigue apareciendo con las ropas ricas y los atributos acostumbrados de mitra y báculo.

Entre los religiosos elegidos se encuentran los lectores figurando su ordenación: «De ordine lectoris». Los titulares ya han sido tonsurados. Las diferencias con otras ordinationes suele ser pequeña. En este caso sigue el exorcista (f. 11) («De ordinatione exorciste»). El obispo sigue sentado y con el Pontifical abierto, ante los dos exorcistas arrodillados y tonsurados. Son portadores de una cruz, como señal distintiva. Nada singular en los acólitos (f. 12v).

Con «De sacris ordinibus» se va a referir a las órdenes mayores: subdiaconado, diaconado y presbiterado. Se presenta un obispo ante dos tonsurados. A continuación se transcriben los textos relativos a cada uno. Primero es el subdiácono («De ordine subdiachoni»), ante el obispo mismo en pie, portador del báculo acompañado de sus acólitos, futuros subdiáconos (f. XVI). De escaso interés iconográfico continúan las distintas ordinationes. La imposición, por parte de nuevo del obispo del «amicto» (f. XXIv). Tiene más extensión «De ordinatione diachoni» (f. XXII), en cuyo momento el obispo se acerca al altar, en presencia del ordenado y acólitos.

El texto de «De ordinatione presbiteros» (f. XXIXv) es más extenso. El texto explica que los futuros presbíteros han de presentarse con estola y manipulo («amictu alba») y han de arrodillarse portando asimismo las candelas encendidas en las manos («candelas accensas in manibus»). El obispo está sentado en cátedra y un acólito le sostiene el báculo. Es una de las imágenes más solemnes de esta parte. En la misma línea se encuentra la ilustración que afecta a la instrucción de los presbíteros (f. 37v).

La ordenación de un obispo es algo más compleja. Primero se anuncia (f. XXXVIIIv): «Ad consecrationem et ordinationem electi in episcopum confirmati». Preside la ceremonia un obispo o arzobispo, en cátedra, en tanto el ordenado se encuentra arrodillado y tonsurado en primer término. Hay, además, tres acólitos que flanquean a ambos. Sigue otra ilustración en la que el electo sigue humillado, arrodillado ante tres obispos o arzobispos, todos ellos vestidos como conviene al acto, con mitra e ínfulas muy marcadas. El primero de los obispos lleva un libro, el Pontifical abierto.

La ordenación del obispo es larga. Cada imposición de signo es un orden. En el folio LVI se bendice («Benedictis baculi. Oremus») el báculo que se entrega («Accipe baculum pastoralis»). Los protagonistas son solo dos obispos, uno el que es investido y que recibe el báculo cubierto con una tela. De igual forma se hace entrega del anillo («Accipe anulum fidei») (f. LVIv), que apenas

se distingue. Y de inmediato («mox») se le impone la mitra consagrada (f. LIX^v), algo que lleva a cabo un obispo en pie al ordenado, mitrado y en cátedra.

Finalizado el ciclo del obispo se han reunido «ordinationes» diversas, comenzando por la del monje (f. LXXII). El obispo está en cátedra y se cubre con una tela que acostumbra a ser verde. No es claro que se haya querido aludir a una orden en concreto. Le sigue el «De professione noviciorum» (f. LXXII). Se indica que estos deben acercarse al altar y arrodillarse al ser recibidos por el obispo, que los bendice e instruye, acompañado por un acólito. Tal vez la iglesia que se ve al fondo es más que un edificio. Con ella se debe aludir a la Iglesia que acoge a los novicios.

De los monjes se pasa al abad (f. LXXVII), quien es portador de su báculo en una miniatura de escaso interés artístico, pese a la importancia del personaje confirmado y bendecido. Se distingue el abad de la abadesa; a ella se dedica una nueva bendición cuando se presenta acompañada de otra monja ante el obispo (f. LXXXVI).

Presenta un notable interés la ilustración y texto siguientes donde la diaconisa se postra ante el altar (f. LXXXVII^v). No es que estemos ante una ilustración destacada artísticamente, sino que la figura de la diaconisa resulta bastante singular. Todo señala a que se trata de una monja. Sigue aludiéndose a mujeres, con «De benedictione et consecratione virginum» (f. LXXXVIII) con una ilustración poco grata.

Concluye el ciclo con la bendición de las viudas (f. CVII) en una composición que desborda la línea de la caja de la letra. Tres viudas se arrodillan ante el obispo, con las tocas acostumbradas.

Se inicia a partir de aquí el «Ordo» de bendición, unción, etc., imperial o real. El texto (f. CVIII) dice: «Ordo romanorum ad benedicendum regem vel regina imperatorem vel imperatricem coronandos». El obispo con todos sus distintivos, entre los que hay que contar la presencia de un acólito, recibe a los reyes, que se inclinan ante él. También llevan señales de identidad como el manto real y la corona. Parece que con este «ordo» el obispo en Barcelona salía a recibir al monarca en sus entradas a la ciudad.

Es importante la escena siguiente: imposición de la «mitra pontifical» (f. CXIII). El obispo se la impone al emperador. Sobre ella irá la «mitra diadema imperial». Naturalmente, el copista recibió el modelo imperial y lo reprodujo, pese a que semejante momento es propio del Imperio o de Italia, no de la Corona de Aragón.

Dada la singularidad de los personajes (emperador, etc.), hay un «ordo» concreto para otros reyes: «De benedictione et coronatione aliorum regum et reginarum». En consecuencia la composición se asemeja a la del folio CVIII. Luego, el obispo corona al rey: «Accipe coronam glorie regni...» (f. CXXX).

Se desciende desde lo más alto, de manera que en este momento, completados los reyes se habla de los príncipes y de los condes palatinos. Esto da lugar a una miniatura de pobre calidad (f. CXXXV).

Este ciclo concluye con «De benedictione novi milites» (f. CXXXI). Una vez más el gran protagonista es el obispo. Sentado, se encarga del libro y del báculo un acólito o un diácono. Bendice a un soldado («miles») arrodillado, vestido con ropa de guerra.

No sólo acaba el ciclo del rey, sino la primera parte del Pontifical. Se ha puesto de manifiesto el interés de las imágenes, pero asimismo lo reiterativo de las fórmulas iconográficas y el adecuado protagonismo del obispo. Dejamos en este preciso momento el análisis de las siguientes imágenes, que incluyen temas muy directamente relacionados con la historia del arte.

El siglo XV en apariencia es el de mayor interés para los pontificales hispanos de lujo. No ajeno a esto es el que hablemos sobre todo de la etapa de gobierno de los Reyes Católicos, en especial destacable en materia artística y cuando algunos obispos importantes muestran su cultura y el gusto por los objetos bellos. Alonso Carrillo en su juventud estudió en Aviñón, donde adquirió un pontifical del gótico internacional, antes mencionado. El presente también contiene una parte del período, aunque lo restante acusa la influencia flamenca. Una comparación entre ambos manuscritos, ambos pertenecientes a la redacción de Durando, presenta, no obstante, diferencias que deben analizarse, aunque es evidente que el ejemplar aviñonés es de mayor calidad que el más tardío.

Otro ejemplar del mismo texto es resultado del encargo de Luis de Acuña, obispo de Burgos. Se conserva como el anterior en la Biblioteca Nacional de Madrid (ms. Vitr. 18-9), con una estructura diversa. Contiene parte del Orden de la Misa, sobre todo el Canon (f. 22v-34). De acuerdo con la tradición junto al «Te igitur» un doble folio presenta a la izquierda la Maiestas y a la derecha la Crucifixión (f. 32v-33). A lo largo de todo el texto las iniciales se llenan con escenas. En la primera parte, con textos e imágenes diversos y desde f. 35 con lo que corresponde con el Pontifical.

Todo apunta a que se trata de una empresa de Luis de Acuña, notable prelado y gran bibliófilo, hombre activo en Castilla en los tiempos previos a la conquista de la corona por parte de Isabel y de vida plena de lujos mientras participó en la política y más austera en la parte final. Como he tratado de mostrar, contrató al que he llamado Miniaturista de 1501, autor en parte de la ilustración del Libro de la Cofradía del Santísimo y Santiago en Burgos. El Pontifical es tal vez el más rico de todos los hispanos conservados, con ilustraciones comunes y otras más excepcionales.

De un modo breve y conciso hemos querido poner de manifiesto la relativa importancia del Pontifical como libro propio de los obispos y promociona-

do por ellos. Por otro lado, en apariencia, es claro que los primeros ejemplares de lujo vinieron de Italia y Francia, pero en la etapa final fueron libros hispanos en nada inferiores a aquellos, presentando particularidades iconográficas aún por investigar los que resultaron ser obra encargada por los grandes obispos del siglo xv. Hay algunas razones para sugerir que no se convirtieron en un adorno de biblioteca, sino que se hizo uso de ellos.